

3

El martes

Mateo 21.18—25.46; Marcos 11.20—13.37;
Lucas 20; 21; Juan 12.20—50

*«Y le enviaron algunos de los fariseos y de los herodianos,
para que le sorprendiesen en alguna palabra» (Marcos 12.13).*

De todos los días que se consignan en las Escrituras, el martes fue el más ajetreado de la vida de Cristo. Cuando Él purificó el templo, ello constituyó un golpe para el bolsillo de los dirigentes judíos. Esto hizo que ellos prestaran atención. Habían convertido el templo en una «cueva de ladrones».

Se enojaron con Jesús y le preguntaron: «¿Quién te dio autoridad?»; «¿Quién eres?»; «¿Quién te crees?». Creyeron que podían echar rápidamente a este galileo de la ciudad. Si les respondía diciendo: «Dios», perdía, pues lo acusarían de blasfemia. Si les respondía diciendo: «El hombre», también perdía, pues ellos dirían que Él no tenía autoridad para hacer lo que había hecho. No obstante, Jesús dio vuelta a la situación, preguntando: «¿De dónde obtuvo Juan el Bautista su autoridad?». Jesús usó fuego para pelear contra el fuego. Ellos rehusaron contestar, por lo tanto, ¡Él también rehusó! (Vea Mateo 21.23–27; Marcos 11.27–33; Lucas 20.1–8). Los dirigentes

judíos trataron de rebajar a Jesús, por medio de preguntar por Sus credenciales: «¿Dónde fuiste a la escuela? No eres sacerdote, ni rabino ordenado, ni graduado del Seminario de Jerusalén». Pronto descubrieron que Él era «el Gran Polemista». Les hizo ver su necesidad.

LECCIONES EN PARÁBOLAS

Jesús enseñó tres parábolas en este contexto. Los apóstoles preguntaron a Jesús por qué enseñaba por parábolas y lo que quería decir con ellas (Mateo 13.10, 36). Les dijo que este método eliminaba de entre Sus seguidores a los que únicamente les motivaba curiosidad. Las parábolas no son «historias de niños». Ellas lo llevan amablemente a uno a reconocer su culpa.

Jesús presentó primero una parábola sobre dos hijos, ilustrando qué es el arrepentimiento (Mateo 21.28–32). Un hijo rehusó obedecer a su padre y luego se arrepintió y obedeció, mientras que el otro dijo a su padre que obedecería, pero después no lo hizo. Los publicanos (o recaudadores de impuestos) y las rameras entrarán a la presencia de Dios, mientras que cierta «gente religiosa» no entrará. No fueron los publicanos ni las rameras los que crucificaron a Jesús. Esto fue algo que hizo Israel, la nación de Dios. Jerusalén era la ciudad de Dios. En ella estaba el templo de Dios, pero a la salida de los muros de la ciudad, pronto sería crucificado Jesús. Es asombroso observar cuán crueles, ciegos, orgullosos y prejuiciados pueden volverse los fanáticos de una religión.

Después, Jesús contó una parábola sobre unos inquilinos malvados que mataron al hijo del dueño de la hacienda, ilustrando cómo Él sería rechazado (Mateo 21.33–44; Marcos 12.1–12; Lucas 20.9–19). Habló de la piedra que podía haber salvado a Israel, pero que fue desechada. Los

dirigentes judíos sabían que Jesús estaba hablando acerca de ellos y de sí mismo.

Les contó una parábola de una fiesta de bodas, mostrando cómo algunos rechazarían Su invitación (Mateo 22.2–14; Lucas 14.16–24). Los parientes y los amigos, no solo rechazaron la invitación, sino que incluso se aprovecharon de la ocasión para jugar de asesinos. El rey que llevaba a cabo las bodas para su hijo, se enfureció y dijo: «Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos halléis» (Mateo 22.9). Cuando los privilegiados prefirieron quedar fuera, la gente común fue invitada. No es de extrañar que fue la gente común la que oyó a Jesús con alegría (Marcos 12.37).

LOS DEBATES DAN COMIENZO

No pasó mucho para que los fariseos y los herodianos¹ se aliaran para enredar a Jesús en Sus propias palabras. Los fariseos aborrecían a los herodianos y los consideraban traidores, pero aborrecían más a Jesús. Los dos grupos plantearon una pregunta tramposa a Jesús: «¿Y qué del impuesto del censo?». Jesús, con una moneda en la mano, dijo: «Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios» (Mateo 22.21). Esto los asombró al punto de que no pudieron decir nada.

Cuando los saduceos² vinieron a Él, no pasaron de salir con una tontería. Jesús fue directo con ellos. Les

¹ Los fariseos, que tal vez eran los dirigentes religiosos judíos más influyentes de los tiempos de Jesús, se caracterizaban por confiar en sí mismos como justos y por un exacerbado legalismo. Los herodianos eran un grupo político que se dedicaba a aumentar el poder de la familia de Herodes en Palestina.

² Los saduceos eran aristócratas acaudalados, muchos de los cuales eran sacerdotes. Aborrecían a Jesús porque ponía en peligro la autoridad de ellos.

dijo: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios» (Mateo 22.29; Marcos 12.24).

Los insistentes fariseos volvieron con un intérprete de la Ley, que preguntó: «... ¿cuál es el gran mandamiento ...?». Jesús respondió: «Amarás al Señor primero», y luego añadió el segundo más grande mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Su respuesta dejó callado al intérprete de la Ley. (Vea Mateo 22.34–40; Marcos 12.28–34.)

Jesús luego les preguntó quién era en realidad el Mesías. Ellos no dieron respuesta. A estas alturas, los debates acabaron. (Vea Mateo 22.41–46; Marcos 12.35–37; Lucas 20.41–44.)

UN SERMÓN INCISIVO

Después de todo lo anterior, Jesús predicó el sermón más mordaz que hay en las Escrituras (Mateo 23). Llamó «víboras» y «guías ciegos» a los dirigentes judíos. Pronunció siete ayes, en los cuales los calificó de «hipócritas». Esto fue lo que les preguntó: «Cómo escaparéis de la condenación del infierno?». Luego clamó: «¡Jerusalén, Jerusalén...! [...] ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos [...] y no quisiste!» (Mateo 23.37; vea Lucas 13.34).

PROFECÍA Y PREDICACIÓN

Cuando se alejaban del templo, los discípulos hicieron tres preguntas a Jesús, las cuales estaban relacionadas con la caída del templo: «... ¿cuándo serán estas cosas, y qué señales habrá de tu venida, y del fin del siglo?» Jesús trató estas preguntas en Mateo 24, Marcos 13 y Lucas 21. En otras palabras, Él todavía estaba enseñando.

Es en este contexto que se presenta la «viuda [de las] dos blancas» que dio a Dios todo lo que tenía (Marcos

12.41–44; Lucas 21.1–4). En medio de toda la hipocresía, ¡Dios envió a esta humilde viuda para recordarle a toda la gente de todos los tiempos en qué consiste verdaderamente el dar a Dios! ¡Qué gran Dios!

¡Había problemas adelante! A pesar de las multitudes y de los críticos, Jesús enseñó a Sus discípulos tres profundas parábolas más: una parábola sobre diez vírgenes, que recalca el estar preparados; una parábola sobre talentos, que acentúa la responsabilidad y una parábola sobre cabras y ovejas, que presenta una imagen de juicio (Mateo 25). Ningún siervo de Dios predicó jamás como lo hizo Jesús aquel día, pero Sus oyentes estaban sordos.

¡Qué gran día!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados